

Ali Bakir

El impacto de Gaza en los nuevos equilibrios de poder en Oriente Medio

La Vanguardia, 8 de agosto de 2024.

Desde hace mucho tiempo, los conflictos y las guerras en la región suelen tener consecuencias profundas modificando alianzas y alineamientos regionales.



Mapa de Oriente Medio

Las estrategias empleadas por las partes implicadas en la guerra de Gaza, la respuesta internacional al conflicto y el desenlace de la guerra podrían contribuir a redefinir las relaciones entre los países de Oriente Medio y remodelar el equilibrio de poder en la región.

Desde una perspectiva puramente militar y de inteligencia, el ataque sorpresa realizado el 7 de octubre por Hamas y denominado Diluvio de Al Aqsa fue una operación novedosa e inédita contra Israel. Muchos expertos y antiguos funcionarios estadounidenses e israelíes han descrito la operación como compleja, sofisticada e inesperada. Algunos observadores la han calificado incluso de “éxito catastrófico” debido a que nadie (ni siquiera el propio movimiento islámico) preveía que fuera capaz de derrotar con tanta rapidez el aparato de inteligencia israelí, los puestos militares y la barrera tecnológica del muro de Hierro de 1.000 millones de dólares a lo largo de Gaza utilizando equipos primitivos y todo ello sin encontrar casi resistencia. Así se explicaría la caótica situación vivida y el elevado número de bajas de ciudadanos israelíes y extranjeros, incluidos los 1.139 muertos, 373 de los cuales eran soldados y miembros de seguridad y 71 extranjeros, además de unos 250 secuestrados.

La operación, que tuvo lugar casi 50 años exactos después de la guerra del Yom Kipur de 1973, dejó atónitos a las élites y los círculos militares, de defensa y de seguridad israelíes. El ataque también causó gran conmoción en el establishment de defensa de Washington y Europa; entre otras cosas, porque Israel se ha convertido en un proveedor clave de tecnología de seguridad y

defensa en todo Occidente. Ahora bien, algunos expertos han atribuido el fracaso militar y de los servicios de inteligencia israelíes a que subestimaron la voluntad, la capacidad y la preparación de Hamas. “No creíamos que Hamas tuviera esa capacidad y por eso no lo vimos venir”, afirmó Charles Freilich, antiguo consejero de Seguridad Nacional de Israel.

La operación de Hamas desafió casi todos los principios fundamentales de la perspectiva de seguridad de Israel, su doctrina militar y de defensa tradicional, así como su política de seguridad nacional. También hizo añicos la imagen del ejército israelí en tanto que *ejército invencible*, con lo que ha minado de forma significativa su doctrina de disuasión. Además, la operación ha hecho resurgir el debate sobre las responsabilidades legales de la fuerza de ocupación bajo el concepto de *control efectivo* en el derecho internacional. Con todo, la operación de Hamas ha dado al traste con los esfuerzos estadounidenses por presionar a Arabia Saudí para que normalizara las relaciones con Israel, ha puesto de relieve la naturaleza tóxica de los acuerdos de Abraham y ha vuelto a situar la cuestión palestina bajo la luz internacional tras un largo período de marginación, abandono e injusticia.

Israel, por su parte, decidió imponer un bloqueo contra Gaza y cortar el suministro de agua, alimentos y electricidad a sus cerca de 2,3 millones de habitantes. El 27 de octubre, lanzó contra la pequeña Franja una operación militar de una magnitud y escala sin precedentes. El objetivo directo era invadirla y destruir a Hamas. Sin embargo, más tarde surgieron varios objetivos indirectos, como el control militar de la Franja y el desplazamiento de la mayoría de la población al desierto del Sinaí, en Egipto. Ya han transcurrido más de seis meses desde el inicio de la operación. Hasta ahora, la invasión ha provocado la muerte de al menos 33.137 palestinos, más de un 70% de ellos niños y mujeres, y ha herido al menos a 75.815 civiles. Además, en torno a un 62% de las infraestructuras de Gaza están destruidas, lo que ha provocado el desplazamiento de aproximadamente 1,7 millones de personas, más de un 80% de la población gazatí. La utilización de los alimentos como arma por parte de Israel contra la población ha provocado, según Oxfam, una hambruna con el nivel de crecimiento más rápido del mundo.

La desmedida invasión israelí ha necesitado un constante apoyo diplomático, político, financiero, económico, militar y de inteligencia; en especial, por parte de Estados Unidos y algunos países occidentales como Alemania, Inglaterra, Canadá y Australia. Pese a todo, la operación todavía no ha conseguido destruir a Hamas. Muchos expertos extranjeros creen que la destrucción completa es un objetivo poco realista. No obstante, la guerra tendrá un impacto significativo en cuatro ámbitos principales: la estabilidad interna y la legitimidad de los gobiernos de la región, la dinámica de seguridad regional, los alineamientos y las alianzas en la región, así como la influencia y los intereses de los principales agentes regionales e internacionales en Oriente Medio.

El declive de Occidente y el ascenso del resto

En medio de la guerra israelí contra Gaza, Estados Unidos envió a la región un abrumador grupo de ataque formado por dos portaaviones con sus buques de escolta y aviones, con lo que señalaba el “férreo compromiso de Washington con la seguridad de Israel y su determinación de disuadir a cualquier Estado o agente no estatal que intente intensificar esta guerra”. Estados Unidos prometió que Israel

recibirá “lo que necesite” en respaldo de su ofensiva. Tras concederle una ayuda económica de 14.000 millones de dólares, inundó Israel de armas con el envío de más de 100 cargamentos militares, incluidas más de 1.800 bombas masivas de una tonelada.

En marzo, Estados Unidos contempló otros 17.600 millones de dólares adicionales en ayuda militar. Solo en los dos primeros meses de guerra, Israel lanzó sobre Gaza más de 25.000 toneladas de bombas, equivalentes a casi el doble de la potencia de la bomba nuclear lanzada sobre Hiroshima en 1945. Se cree que esas bombas son responsables de la aniquilación de familias y manzanas enteras en Gaza. Durante los últimos meses, Estados Unidos ha vetado tres resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que pedían un alto el fuego humanitario, con lo que ha dado lugar a un generalizado sentimiento de indignación global contra Washington y algunos países europeos, en tanto que principales defensores de Israel.

En la región, Estados Unidos parece ser el más perjudicado, seguido de la Unión Europea. Washington nunca había sido tan despreciado en Oriente Medio. En medio de la guerra israelí contra Gaza, la mayoría de la opinión pública árabe ve a Estados Unidos como su enemigo número uno. Aunque esa actitud refleja una percepción que no es nueva, la población árabe nunca ha estado tan furiosa con Estados Unidos. Según una encuesta reciente sobre la guerra israelí contra Gaza realizada en 16 países árabes, un 94% considera de modo negativo la postura de Estados Unidos, y un 82% la considera muy mala.

Además, un 79%, un 78% y un 75% de los encuestados consideraron de modo negativo las posturas de Francia, el Reino Unido y Alemania. En el mismo contexto, un 76% de los encuestados declaró que su posición hacia Estados Unidos tras la guerra israelí contra Gaza se había vuelto más negativa, lo que indica que la opinión pública árabe ha perdido la confianza en Estados Unidos. La mayoría de los encuestados considera que ese país representa la mayor amenaza para la paz y la estabilidad en la región (51%), seguido de Israel (26%) e Irán (7%).

Sin embargo, no solo la opinión pública árabe se ha mostrado insatisfecha con la postura estadounidense en la actual guerra, también varios gobiernos árabes y socios proestadounidenses como Egipto, Jordania y los gobiernos árabes del Golfo han intentado convencer a Estados Unidos de que detenga la guerra ya que puede desestabilizar sus regímenes y suponer una amenaza para sus gobiernos. Por otro lado, ante el creciente vacío en la región, países como Irán, China y Rusia se han dedicado a promover su imagen y sus intereses. Los países que, como Sudáfrica, España e Irlanda, entre otros, han defendido los derechos de los palestinos gozan ahora de una popularidad sin precedentes entre la opinión pública árabe.

En el plano regional, la guerra israelí contra Gaza ha aislado a Estados Unidos. También amenaza los intereses y la presencia militar estadounidenses en la región. Además de los ataques de los hutíes en el mar Rojo, los grupos proiraníes lanzaron entre el 17 de octubre y el 29 de enero más de 165 ataques contra puestos estadounidenses en Irak, Siria y Jordania en los que resultaron muertos o heridos varios soldados estadounidenses. Esos ataques han transmitido a los aliados árabes en la región la imagen de un país débil que carece de determinación para contrarrestar a Irán.

El espejismo de la normalización

La guerra israelí contra Gaza ha truncado el proceso de normalización regional con Tel Aviv dirigido por Estados Unidos y que en principio pretendía: 1. soslayar los derechos palestinos; 2. ayudar a sostener y mantener la superioridad militar israelí; 3. mejorar las posibilidades de sostenibilidad de Israel en Oriente Medio integrándolo a la región en términos políticos, económicos y de seguridad, y 4. crear una arquitectura de seguridad regional dirigida por Israel con el objetivo de aislar y contrarrestar a Irán, sus milicias y su programa nuclear, entre otras cosas.

Antes del conflicto, el Gobierno de Biden había intentado encontrar formas creativas de convencer a los saudíes de que avanzaran en ese plan. Sin embargo, Riad ya había dejado clara la exigencia de una serie de condiciones que debían cumplirse para considerar la normalización con Israel, entre ellas: 1. un pacto de defensa estadounidense; 2. el acceso a la tecnología nuclear estadounidense; 3. la resolución del prolongado conflicto palestino-israelí mediante el establecimiento del Estado palestino soberano e independiente, y 4. la resolución del actual conflicto en Yemen.

La guerra israelí contra Gaza ha añadido una nueva capa de complejidad a la situación. A raíz de la guerra, los saudíes se han encontrado entre la presión estadounidense para llegar a una normalización con Israel y la presión pública en favor del apoyo a los palestinos. El Gobierno saudí no solo ha frenado los esfuerzos de normalización con Israel, sino que también ha tratado de preservar sus recién normalizados lazos con Irán por diversas razones; entre ellas, porque la idea de que Israel podría potencialmente proteger a algunos gobiernos árabes contra la amenaza iraní ya no es viable tras la operación del 7 de octubre.

Por su parte, los países que ya habían llegado a una normalización de las relaciones con Israel durante la época de Trump, como los Emiratos Árabes Unidos, Bahrén y Marruecos, han sentido la necesidad de distanciarse de Tel Aviv como consecuencia de la guerra contra los palestinos. Cuando se llevó a cabo la normalización de las relaciones, esos gobiernos argumentaron que la medida convencería a los israelíes para que rebajaran las tensiones, detuvieran la proliferación de colonos y la expansión de los asentamientos y estabilizaran la situación en los territorios palestinos ocupados. La guerra israelí contra los palestinos ha demostrado que estaban equivocados. Por lo tanto, ante el temor de que la indignación pública en la región pueda volverse contra ellos, esos gobiernos se han distanciado de Israel.

Además, Arabia Saudí, los Emiratos Árabes Unidos y Qatar se han negado a realizar contribuciones económicas o materiales en el escenario de la posguerra a menos que Estados Unidos e Israel se comprometan a resolver el conflicto existente con la causa palestina y establecer la solución de los dos estados. La actual guerra significa que el asunto de la normalización con los gobiernos árabes queda aparcado, en el mejor de los casos, a corto y medio plazo. Entre la opinión pública árabe, es un asunto muerto. Además, la implicación estadounidense en la guerra actual hace casi imposible una recuperación del crédito de ese país en la región. Como consecuencia, los socios de Estados Unidos ya están diversificando sus vínculos regionales e internacionales y creando un conjunto de alineamientos con otros interlocutores. La normalización saudí-iraní, así como la normalización

Emiratos Árabes Unidos-Turquía y las relaciones de todos estos países con China y Rusia son un buen ejemplo de ello.

El desmoronamiento de la paz fría

La guerra israelí contra Gaza también ha afectado negativamente a Egipto, que desde el golpe militar encabezado por Sisi en el 2013 ha experimentado un fuerte declive en el plano regional. Durante el mandato de Al Sisi, la economía egipcia se ha convertido en un agujero negro. El país acumula deudas astronómicas. A finales del año fiscal 2020-2021, la deuda total de Egipto ascendía a 392.000 millones de dólares. La participación del estamento militar tanto en los negocios como en la economía y la política ha arruinado el futuro del país y prepara el terreno para un escenario apocalíptico. La situación de la deuda tiene repercusiones regionales e internacionales más amplias, ya que afecta a las relaciones de Egipto con otros países y a su capacidad para sortear los desafíos geopolíticos.

La guerra israelí agrava los problemas internos y regionales de El Cairo, y lo convierte en una potencia regional casi irrelevante. Desde que comenzó la guerra, El Cairo se ha resistido al plan israelí que pretende desplazar a millones de refugiados de Gaza al desierto del Sinaí por miedo a: 1. ser visto por la airada opinión pública como cómplice de Israel, y 2. las posibles implicaciones para su seguridad. En el plano económico, la guerra ha tenido consecuencias sobre los sectores turístico, comercial y energético. Las importaciones de gas desde Israel cayeron entre un 70% y un 80% en las semanas posteriores a la guerra. Además, el canal de Suez, que representa en torno a un 12% del comercio mundial y contribuye en un 2% al PIB del país, ha sufrido en sus ingresos un fuerte descenso de entre un 40% y un 50% como consecuencia de los ataques de los hutíes yemeníes a los barcos del mar Rojo. Esa situación ha tensado aun más la ya maltrecha economía egipcia y socava de modo importante su posición interna, regional e internacional. La aguda divergencia entre la opinión pública egipcia y el Gobierno en torno a Israel, entre otras muchas cosas, hace imposible un mantenimiento de la situación en el futuro.

Desde el punto de vista histórico, Jordania ha sido otro país fundamental en la lucha israelo-palestina. Sin embargo, desde el acuerdo de paz con Israel a principios de la década de 1990, el país se encuentra en declive y lucha por resolver sus propios problemas. En los últimos años, el reino ha pasado apuros en el plano económico. Además, han aflorado a la luz pública las pugnas internas por el poder entre los miembros de la familia gobernante. La guerra israelí contra Gaza ejerce una inmensa presión sobre el rey Abdalah de Jordania. El monarca ha intentado aprovechar sus conexiones occidentales (en especial, en Estados Unidos) para advertir de las desastrosas consecuencias a largo plazo de la guerra y convencer a los funcionarios estadounidenses de que presionen a Israel para que le ponga fin y ofrezca una solución de dos estados que logre una paz sostenible y justa en la región. Sin embargo, todos los esfuerzos han sido vanos.

Para contener la cólera pública, el rey Abdalah organizó una operación de lanzamiento de ayuda sobre Gaza, pero la medida fue ampliamente vista por los jordanos como el reflejo de una posición de debilidad y sumisión ante Israel, lo que intensificó las protestas públicas en apoyo de los palestinos. En medio de la

represión interna contra los manifestantes, varios gobiernos árabes como los de Emiratos Árabes Unidos y Arabia Saudí mostraron su apoyo al reino jordano y una reacción muy sensible ante los manifestantes. Los gobiernos árabes temen un efecto dominó si la cólera pública estalla en un país árabe con el telón de fondo de la guerra israelí contra los palestinos. En otras palabras, temen el posible estallido de otra oleada de levantamientos árabes. Si se mantiene esa tendencia, se formarán más orientaciones ideológicas y nuevos alineamientos de acuerdo con esa línea de falla. Paradójicamente, al prolongar la guerra, Israel podría estar apostando por ese escenario, ya que atraería explícitamente a los gobiernos árabes a su lado y eludiría así el aislamiento regional total.

Las limitaciones del poder blando y la diplomacia en Turquía

La guerra israelí contra los palestinos ha puesto de manifiesto la limitación de Turquía en tanto que potencia regional. Tras la revolución siria del 2011 y las crecientes amenazas a la seguridad nacional (sobre todo, teniendo en cuenta el intento de golpe militar del 2016), Ankara cambió la orientación de su política exterior y pasó del poder blando al poder duro para defenderse y asegurar sus intereses regionales. Gracias a la proyección con éxito del poder duro más allá de sus fronteras en Irak, Siria, Qatar, Libia y Azerbaiyán, el país demostró a sus aliados que era un socio capaz, creíble, fiable y comprometido. En el 2021, tras el final de la crisis del Golfo del 2017, Turquía tuvo que ajustar su política exterior y volver a centrarse en el poder blando y la diplomacia. Mientras lo hacía, tuvo lugar un gran terremoto de 7,8 grados, el mayor de la región en un siglo, una catástrofe que provocó unas pérdidas devastadoras y sin precedentes, tanto en vidas como en las infraestructuras nacionales de 11 provincias. El seísmo acabó con la vida de más de 53.000 ciudadanos y costó unos 104.000 millones de euros en pérdidas, lo que agravó los obstáculos económicos del país y limitó las maniobras de la política exterior.

Y, justo cuando mejoraban los lazos turco-israelíes, los israelíes desplegaron todo su poderío militar contra Palestina. Como consecuencia de ello, las relaciones diplomáticas con Israel se deterioraron, y Turquía fue testigo de una de las mayores concentraciones del mundo en apoyo de los palestinos. En la región, muchos tenían puestas las esperanzas en que Ankara contribuyera a poner fin a la actual guerra israelí contra los palestinos. Sin embargo, Ankara tiene serias limitaciones para ello; la principal, la falta de implicación directa de alto nivel y de influencia seria sobre ambas partes del conflicto palestino-israelí. Por lo tanto, los intentos de Ankara de recurrir a la diplomacia (sea mediante la convocatoria de una conferencia de paz, sea mediante un sistema de garantes) para detener la guerra e impulsar una paz sostenible y global han fracasado ante la insistencia de Netanyahu en proseguir a toda costa la guerra y matar de hambre a la población gazatí.

A pesar de la afirmación pública del presidente Erdogan de que Hamas es un grupo de resistencia y de que los palestinos tienen derecho a defenderse de la ocupación, la opinión pública turca no ha quedado satisfecha con las políticas gubernamentales y ha interpretado la no interrupción de los lazos económicos con Israel y la incapacidad de Turquía para emprender acciones contra Tel Aviv como una traición a los palestinos. Dicha percepción, entre otros factores, ha tenido graves repercusiones en las elecciones locales celebradas a finales de marzo del

2024. Los comicios concluyeron con una victoria nacional del Partido Republicano del Pueblo (CHP), el principal partido de la oposición, por primera vez desde 1977, y con una derrota del Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP) por primera vez desde su creación en el 2001. Asimismo, plantean interrogantes sobre el futuro del papel regional de Turquía, su posición y su capacidad para proyectar poder blando/duro, así como sobre la posibilidad de un cambio de postura respecto a los alineamientos actuales tras los próximos cuatro años.

El papel de Qatar

En lo que respecta a los esfuerzos de buena voluntad y mediación en la región, Qatar, el pequeño país del Golfo rico en gas, ha desempeñado un papel decisivo. Sigue una estrategia regional basada únicamente en el poder blando y la diplomacia. Durante las últimas tres décadas, ha logrado forjarse una marca internacional y una excelente reputación de dominio de los esfuerzos de buena voluntad, las negociaciones, las mediaciones, la resolución pacífica de conflictos y la ayuda humanitaria, lo cual le ha permitido sobresalir en esos ámbitos por encima de sus posibilidades. Los anteriores esfuerzos mediadores de Qatar (incluidas las conversaciones de paz con los talibanes afganos antes y durante la evacuación estadounidense del 2021) ejemplifican la fiabilidad del país como socio estratégico para EE.UU. Washington ha elogiado en repetidas ocasiones los esfuerzos qataríes, que han sido fundamentales para el avance de la paz, la seguridad y la estabilidad en la región.

En el conflicto palestino-israelí, en particular, Doha ha desempeñado un papel fundamental. No solo Estados Unidos ha agradecido ese papel, sino que también lo ha hecho Israel. Unos documentos oficiales israelíes revelados el pasado mes de marzo muestran que Israel (a través, por ejemplo, de Yosi Cohen, antiguo jefe del Mosad) “ha buscado y valorado” durante años el papel de Qatar en Gaza. Desde el estallido de la guerra entre Israel y Hamas en Gaza en octubre del 2023, Doha ha estado en el primer plano como canal adecuado para concluir un acuerdo global entre las partes enfrentadas. A pesar de la obtención al principio del conflicto de algunos éxitos que se tradujeron en la liberación de muchos prisioneros y en una pausa temporal de la guerra, Doha ha sido objeto de críticas por sus vínculos con Hamas.

Algunos congresistas estadounidenses, institutos de análisis como la proisraelí Fundación para la Defensa de las Democracias y funcionarios de la época Trump, y también israelíes, han lanzado una campaña de difamación contra Doha y han ejercido presiones para lograr un acuerdo que favorezca a Israel. Dicha campaña le ha recordado a Doha el bloqueo del que, con el respaldo de Trump, fue objeto por parte de Arabia Saudí, los Emiratos Árabes Unidos, Egipto y Bahréin. En aquel momento, el bloqueo provocó un cambio en las posturas regionales, obligó a Doha a confiar en Turquía en busca de protección y acercó a esos países a Irán en el intento de sortearlo.

Netanyahu ha presionado recientemente para lograr el cierre del canal Al Yazira, que ha estado informando desde el terreno las veinticuatro horas del día desde que Israel lanzó su operación militar. En enero, la oficina de Netanyahu filtró una grabación en la que el primer ministro israelí demonizaba a Qatar y manifestaba su disgusto por la renovación, días antes, de la presencia militar estadounidense

en Qatar por diez años más. Eso llevó al Departamento de Estado estadounidense a defender públicamente el “papel integral” de Qatar en la región. La guerra psicológica contra Qatar parece diseñada para desviar la atención de la prolongada ocupación israelí de los territorios palestinos, así como del papel de Netanyahu en lo que muchos expertos consideran acertadamente como el primer genocidio retransmitido en directo de la historia.

La falta de un entorno adecuado para la mediación y la incapacidad de Qatar para lograr un acuerdo global hasta ahora, en medio de las tácticas de sabotaje de otros agentes regionales e internacionales, muestra asimismo las limitaciones de la diplomacia. Un cambio en la presidencia estadounidense el año que viene podría devolvernos a la ambigüedad e inestabilidad de la época de Trump, con lo que Doha podría volverse más cauta en relación con su posición regional e internacional y también su papel en el conflicto con Israel.

El arte de la confrontación asimétrica

Para Irán, la guerra israelí contra Gaza no solo ha socavado significativamente las arraigadas percepciones sobre la capacidad de disuasión de Israel, también ha permitido a Teherán y sus intermediarios blanquear su vergonzoso papel en apoyo del régimen de El Asad contra el pueblo sirio en los últimos 13 años y su intromisión en países como Irak, Líbano y Yemen. Además, la guerra ha impulsado a Irán y a sus agentes a rebautizarse como “Eje de la Resistencia”, lo que ha reforzado su influencia en la región y fuera de ella. Y, lo que es más importante, Irán ha aprovechado el conflicto para conseguir otras dos cosas. Primero, profundizar en los esfuerzos de normalización con sus vecinos; en especial, con Arabia Saudí con objeto de asegurar su patio trasero en cualquier potencial conflicto futuro con Israel y Estados Unidos. En segundo lugar, poner a prueba, por primera vez, la preparación y eficacia de la acción colectiva y coordinada de sus fuerzas vicarias contra Estados Unidos en previsión de un posible enfrentamiento en relación con su programa nuclear si Trump se impone a Biden en las próximas elecciones presidenciales estadounidenses. Los esfuerzos coordinados de Hizbulah en el Líbano, las milicias chiíes en Irak y Siria, así como los ataques de los hutíes contra barcos en el mar Rojo reflejan esa posición.

Mientras que Netanyahu se ha esforzado por escalar el conflicto hasta convertirlo en una guerra regional en un intento de salir de sus aprietos y arrastrar a Estados Unidos a una guerra con Irán a causa de su programa nuclear, Teherán se ha esforzado por resistir los ataques israelíes destinados a provocar un enfrentamiento directo, como el bombardeo de su consulado en Siria. Sin embargo, dada la naturaleza descontrolada de las acciones israelíes, semejante enfoque ha resultado muy costoso para Irán y sus aliados (en particular, Hizbulah), que han intentado gestionar el nivel de escalada con Israel para evitar en este momento una guerra mayor, que beneficiaría solo a Netanyahu y perjudicaría estratégicamente a Irán. Pese a los esfuerzos, han sido incapaces de contener a Israel, que sigue llevando a cabo bombardeos en el interior del Líbano y Siria y asesinando a operativos de alto nivel de Irán y Hizbulah. En un entorno con un grado tan elevado de tensión, el riesgo de un error de cálculo de una de las partes implicadas es mayor y también lo son las posibles consecuencias.

Conclusión

El conflicto del 2023 entre Israel y Hamas se erige como un momento crucial en Oriente Medio y posee el potencial de catalizar cambios en la dinámica y los alineamientos del poder regional. La actual guerra subraya la naturaleza cambiante de la confrontación bélica y las importantes repercusiones de las tácticas militares asimétricas, como demostró el inesperado ataque de Hamas. Además, el conflicto ha puesto de manifiesto las limitaciones de las estructuras de poder tradicionales y la menguante influencia de Occidente en la región (en particular, la estadounidense). La percepción que el mundo árabe tiene de Estados Unidos se ha deteriorado de manera considerable, lo que pone de manifiesto una creciente desilusión con los aliados tradicionales y es posible que propicie una nueva valoración de las alianzas regionales.

La situación se ha visto agravada por la crisis humanitaria de Gaza, que ha atraído la atención de la opinión pública mundial hacia la causa palestina y ha provocado una reevaluación del orden internacional encabezado por Estados Unidos. Además, el conflicto pone de manifiesto los fallos estratégicos de confiar en el dominio militar para garantizar la seguridad y evitar la conclusión de un acuerdo de paz, ya que la resiliencia de los agentes no estatales y las complejidades de los conflictos modernos desafían las normas establecidas.

La guerra también ha puesto de manifiesto la precariedad de los esfuerzos de normalización entre algunos gobiernos árabes e Israel. Asimismo, ha afirmado la imposibilidad de soslayar a los palestinos y su causa legítima, con lo que ha subrayado la necesidad de crear un Estado palestino libre, soberano e independiente para salvaguardar la estabilidad, la paz y la seguridad regionales.

En conclusión, la guerra entre Israel y Hamas está remodelando el panorama geopolítico de Oriente Medio porque desafía los paradigmas de poder existentes, pone en entredicho la eficacia de las alianzas tradicionales y acentúa la creciente importancia de la guerra asimétrica y la agilidad diplomática. A medida que los agentes regionales y mundiales reevalúen sus estrategias y alineamientos, las secuelas del actual conflicto podrían ser el preludio de una nueva época de la política de Oriente Medio.

Ali Bakir es profesor ayudante de la Universidad de Qatar, investigador asociado sénior del Centro Ibn Jaldún y miembro no residente de la Iniciativa Scowcroft de Seguridad en Oriente Medio y de los programas de Oriente Medio del Consejo Atlántico.